

## ¡VEN!

**Introducción.** Es un grito que se repite en el Adviento: ¡Ven Señor Jesús! La expresión suplicante que la humanidad le hace a Dios frente a tantas situaciones de duelo, de luto, de oscuridad. Nos reconocemos incapaces de poder ser respuesta a tantos interrogantes que se nos presentan a nuestro alrededor. Situaciones de sufrimiento de personas cercanas, enfermedades, noticias que nos dejan helados por inesperadas. Decepciones, conflictos en los que nos vemos envueltos. Hay impotencia en muchos de nuestros días. Y es normal que le pidamos al que es el autor de la vida que nos permita experimentar su salvación. Pero lo más sorprendente es descubrir que Dios también nos pide y nos suplica. Dios nos grita que vayamos a Él, frente a tanta distracción, tantas luces que deslumbran, frente a tanto ruido su oferta sigue intacta: **“Venid a mí, todos los que andáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y os sentiréis aliviados. Porque mi yugo es llevadero y mi carga es ligera.” Mt 11,28-30.**

Nos llama el Señor a descubrirle en medio de las circunstancias reales que nos toca vivir. Nos salva la mirada esperanzada con la que Dios se acerca a lo humano. Nosotros pasamos gran parte de nuestra vida o en el pasado, en el recuerdo, en la nostalgia que añora momentos ya vividos. O en el futuro, la idealización, la fantasía, las expectativas con las que diariamente pretendemos ilusionarnos y que son fuente de muchas decepciones y frustraciones. La cita con la salvación que nos trae Dios se da en nuestro presente. Ese es el grito al que debemos responder. Encontramos de forma agradecida con la persona que somos, con las circunstancias que vivimos, con el entorno que nos rodea, con las virtudes y defectos que forman nuestra personalidad. Huir de nuestro presente es evadir la tarea real que se nos invita a vivir y en la que construimos nuestro proyecto real de salvación.

**Lo que Dios nos dice. “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y os darán: recibiréis una medida generosa, apretada, remecida y rebosante. La medida que uséis la usarán con vosotros.” Lc 6,36-38.**

La esperanza que nos regala el Adviento es la del que es capaz de reconocer todo lo que ya hay de Dios en nuestra historia. Podemos vivir de descubrir lo que no funciona, coleccionistas de fracasos propios y ajenos, acumuladores de negatividad, profetas de desgracias. O podemos activar el principio misericordia en el que vemos la semilla del reino que emerge en medio de lo humano. Condenar las vidas de los demás porque no han llegado a la perfección, es no entender que nuestra vida es un continuo proceso, un dinamismo creciente. No estamos terminados, sino que estamos en permanente cambio. Nuestra vida es una tensión creativa entre lo que somos en el presente y lo que Dios nos anima a ser si vamos en su compañía. Y la impaciencia es mala consejera. La esperanza que se nos invita a vivir es la del que vive convencido que el que ha empezado en nosotros la buena obra, Él mismo la llevará a cabo con su paciencia y su dedicación.

**“No es que lo haya conseguido ya, ni que sea ya consumado; yo continúo para alcanzarlo, como el Mesías Jesús me alcanzó. Hermanos, yo no pienso tenerlo ya conseguido. Únicamente, olvidando lo que queda atrás, me esfuerzo por lo que hay por delante y corro hacia la meta, hacia el premio al cual me llamó Dios desde arriba por medio del Mesías Jesús.” Flp 3,12-14.**

Pablo es consciente que el presente no nos puede decepcionar. No estar terminados no es razón para el desánimo, sino para justo lo contrario, para pedir el Señor que se acerque y nos muestre cómo el tesoro divino de su amor ya está envolviendo las vasijas de barro frágiles que somos. Tesoro y barro, historia y eternidad, amor generoso envuelto de inseguridades y miedos. Humanidad cubierta del manto de la gloria que nos Dios nos regala.

**“Jerusalén, despójate del vestido de luto y aflicción y vístete para siempre las galas de la gloria que Dios te da, envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte en la cabeza la diadema de la gloria del Eterno; porque Dios mostrará tu esplendor a cuantos viven bajo el cielo.” Bar 5,1-3.**

Necesitamos envolver nuestros fríos del corazón, del calor de la compasión de Dios. Nuestros días son largos, esforzados, cansados, los caminos que nos tocan recorrer están llenos de sorpresas, muchas agradables, pero también muchas negativas que hieren, que causan desolación. Pero estamos invitados a cubrimos con el manto de la salvación.

**“Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo, como novio que se pone la corona o novia que se adorna con sus joyas. Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace germinar sus semillas, así el Señor hará brotar la justicia y su fama frente a todos los pueblos”. Is 61,10-11.**

Ese es el fruto de caminar en el ambiente esperanzado del adviento, desbordar de gozo porque el Señor está empeñado en hacernos el bien. No nos salvamos a nosotros mismos, no vivimos de la autosuficiencia y ni de la conquista. Vivimos de la misericordia de Dios que nos cubre con su manto de salvación, que nos regala una dignidad y una valoración para cada persona que habita y comparte este mundo.

**Cómo podemos vivirlo.** Se van acercando los días de navidad, se llenan las agendas de compromisos sociales, pensamos en los regalos que queremos compartir, pero hay una llamada de parte de Dios a estar atentos, a acoger nuestro presente, a descubrirle vivo en medio de nuestras vidas.